

XIV.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¡Ah! amado mio, mi Jacobo; estoy estenuada. ¿Cómo vivir? ¿Cómo morir? Morir me parece más fácil que vivir, y no es la primera vez que deseo ir á esperarte ó á reunirme contigo en esa cita de la muerte á la cual nadie puede faltar.

Han repetido tu nombre diez, veinte, treinta veces: les faltabas tú para el número: necesitaban veintidos cabezas.

La tuya fué reemplazada por un tal Mainvielle, conocido y célebre por los asesinatos de la Glaciere y de Aviñon.

Dicen que has muerto de fatiga en no sé qué gruta del Jura, con Louvet, ó devorado por los lobos con Roland.

De todos modos, te han creído muerto, y solo por eso no te han juzgado y condenado con ellos.

¡Oh, Dios mio! Si estuviera segura de esto, cuán pronto concluiría con esa enfermedad del cuerpo que se llama vida.

Hacia tiempo que veía á Danton sufrir alternativas de cólera y de dolor.

Esperaba que la causa de los girondinos no se llevase á efecto. ¿No eran los girondinos quienes habian tomado la iniciativa de la revolucion?

¿No eran los girondinos los que habian hecho el 10 de Agosto?

¿No eran ellos los que habian declarado la guerra á los reyes?

Pero de repente, interin los ingleses en el Norte sitiaban á Dun.

kerque, en el Mediodia entregaban los realistas Tolon á la Inglaterra.

Era demasiada clemencia para con la reina y los girondinos.

¿No acusaban á los girondinos de complicidad con la reina, y por consiguiente con los realistas?

El dia en que se supo en Paris la toma de Tolon, Robespierre, dueño de la situacion, ordenó que se continuaran dos causas que hasta entonces no se habian atrevido á sentenciar. La de la reina y la de los girondinos.

Al entrar los prusianos por Champaña, Paris les habia dado el espectáculo de los asesinatos de las cárceles.

A los realistas que se sublevaban en la Vendia, á los ingleses que compraban Tolon se les presentaria la cabeza de la reina y la de los veintidos girondinos.

¿Comprendes, amado mio? Aun cuando solo doce de tus amigos estuvieran á merced del tribunal revolucionario y los demás hubieran emprendido la fuga ó hubiesen muerto, se le ofrecia al pueblo veintidos cabezas, y era preciso dárselas.

Se añadieron en la lista los nombres de diputados que jamás votaron con la Gironda.

Quisieron hacer que Danton entrara en el comité de salvacion pública.

Si hubiera entrado era una salvaguardia para su vida; ¿quién podia atacar á un individuo del terrible comité?

Pero para entrar tenia que aceptar dos condiciones horribles.

La muerte de los girondinos.

Los asesinatos de la Vendia.

Una noche vimos entrar á Danton más abatido que nunca.

—Estoy cansado y desanimado de esas carnicerías, dijo.

Y despues, mirandó á su esposa, añadió:

—Prepárate á venir mañana conmigo á Arcis-sur-Aube.

Arcis-sur-Aube era su país natal; Danton, como Anteo, que recobraba fuerzas al tocar la tierra en donde habia nacido, deseaba recobrar en aquel manantial su vida y su vigor perdido.

—¿Venís con nosotros? me preguntó.

—¡Oh! no, le contesté; debéis comprender que si alguna probabilidad tengo de adquirir noticias de él será viendo de día en día la causa de los girondinos.

—Los dos estamos en un error; yo debía quedarme, vos partir.

Aquella misma noche fué á verle Garat; recordarás que era ministro de Justicia despues de Danton.

Le encontró enfermo; más que enfermo, consternado.

Hizo todo lo que pudo para obtener que permaciesa en Paris; le presentó á Robespierre aprovechando su ausencia para exterminar á Hébert y á Chaumette: cuando regresara, sus amigos lo serian de Robespierre, y se volverian contra él como se habian vuelto los de los girondinos contra ellos.

—Tu marcha, amigo mio, es un verdadero suicidio; no te atreves á matarte y quieres morir.

—Tal vez, dijo Danton; ¿pero la ruina de mi partido, la pérdida de mi influencia, mi popularidad humillada, no es nada? Todo eso no es nada; lo que me aniquila, lo que me destroza el corazon es no poder salvarles. Vergniaud, la elocuencia personificada. Pethion, el honor; Valazé, la lealtad; Ducos y Fonfrede, la abnegacion.

Y gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Danton.

—¡Y soy yo, yo, quien descargué sobre ellos el terrible golpe el 31 de Mayo! Quería que me dejaran el camino libre, pero no quería que desaparecieran, que murieran.

Garat se separó de su amigo sin que hubiera podido conseguir nada.

Me quedaban Camilo y Lucila, pero estaba muy lejos de tener con ellos la intimidad que con Luisa y Danton.

Tenia por él la amistad confiada y respetuosa que se tiene por el hombre de gran talento. Hasta en sus flaquezas le encontraba sublime.

Partió el 13 de Octubre. El volcan se apagó. ¿Se volveria á encender?

Lo dudo.

El 16 subió la reina al patíbulo.

Su muerte no causó el efecto que se podia esperar.

Se sabia que el general Jourdan estaba dando una batalla en Wattignies, de la cual dependia la salvacion de la Francia.

El hombrecillo del frac gris y del calzon corto habia salido de Paris y se habia dirigido al ejército, en donde se puso su uniforme de general, batiéndose durante dos dias.

El primero se perdió, pero al segundo batió al enemigo, cuando este le creia en retirada con su ejército.

Hecho esto, volvió á ponerse su frac gris y volvió á Paris el 19, anunciando que el general Jourdan acababa de ganar una batalla.

Nada habia dicho con respecto á sí mismo.

Esta victoria daba una fuerza inmensa á Robespierre, á quien Danton, en un momento de desfallecimiento, habia cedido el puesto, y que viéndose dueño de él, refundió en sí el gobierno.

Al dia siguiente de esta victoria, Fouquier-Tinville pidió los autos para continuar la causa de tus desgraciados amigos. Todas las medidas fueron tomadas, no solo para matarlos, sino tambien para deshonorarlos.

La causa de ellos se vió en seguida de la de un miserable llamado Perrin, estafador de intereses públicos, condenado á cadena y á ser expuesto sobre la guillotina.

Entre él y los nobles girondinos tuvieron cuidado de no cortar á nadie la cabeza, para que el cadalso permaneciera hasta su ejecucion como poste de ignominia.

Primero les habian conducido á la cárcel de los Carmelitas, ensangrentada todavia con los asesinatos de Setiembre.

Se les puso separados del resto de la cárcel. En un calabozo habia diez y ocho camas.

Vergniaud llevaba ya algunos meses de prision y no habia querido pedir nada á nadie.

Sus vestidos caian á pedazos, y ya hacia tiempo que su último *assignat* habia pasado á manos de un preso más pobre que él.

Su cuñado vino de Limoges á Paris y le entregó algun dinero y ropa; pudo entrar en el calabozo con su hijo, de edad de diez años, y verle.

Al ver el niño que su tio estaba como un malvado, con el rostro

pálido y descarnado, los cabellos en desorden, la barba larga y los vestidos destrozados, rompió á llorar amargamente, y en lugar de abrazar á su tío, que le tendía los brazos, se refugió en los de su padre, el Sr. Allnaud.

Pero Vergniaud lo atrajo hácia sí, diciendo:

—Tranquilízate y mírame; cuando seas mayor, cuando Francia sea libre, cuando no encuentres en las calles de Paris esa máquina repugnante que se llama la guillotina, dirás:

«Cuando yo era niño ví á Vergniaud, al fundador de la república, en la época más bella y en el traje mejor de su vida; aquel que es perseguido por los villanos y miserables se prepara á morir por los hombres libres.»

Pero el apóstol entre ellos, el mártir feliz con su suplicio, era Valazé, al que su graduacion en el ejército le habia familiarizado con la muerte.

Aquel tenia fé y aseguraba que todas las religiones nuevas necesitaban sangre. Se adivinaba que estaba satisfecho con ofrecer la suya para el sacrificio.

—Valazé, le decia un dia Ducros, ¡si no te condenaran seria castigarte!

El 22 de Octubre les comunicaron la acusacion.

El 26 empezó la causa.

A las doce entraron en el tribunal revolucionario. Los vimos á todos sentarse, uno despues de otro, en el banco de los acusados.

En vano se hubiera buscado en el rostro de aquellos nobles mártires una de esas señales que hacen decir:

—¡Ese es un culpable!

Por lo mémos, en los autos no se hizo alarde de hipocresía. Todos comprendieron que lo que precedia al cadalso era una mera fórmula, y que solo se trataba de condenarlos á muerte.

Los acusadores, Hébert y Chaumette, fueron admitidos como testigos, y ni aun se les nombró abogado que los defendiera.

Se les acusaba de cosas extrañas: de los asesinatos de Setiembre, los que siempre habian querido castigar; se les acusaba de haber sido amigos de Lafayette, de Orleans y de Dumuriez.

Hasta los jueces sentian vergüenza de condenar por aquellas acusaciones y declaraciones.

La causa duró siete dias; el sétimo estaba ménos adelantada que el primero. Fué preciso que se mezclaran los jacobinos.

Una diputacion se presentó para intimar á la Asamblea que al tercer dia se declarase el jurado bastante instruido.

Camilo me dijo que habian encontrado escrita la sentencia por mano de Robespierre, porque este deseaba á todo trance su muerte.

Al segundo dia, y cuando se comprendió lo odioso de la acusacion, Garat, á quien yo habia visto en casa de Danton, se dirigió á Robespierre para tratar de salvar á los girondinos. Habia preparado una especie de súplica para la clemencia.

Robespierre la leyó.

Garat ha referido lo que sufrió, escuchándole, Robespierre. Su máscara, tan impasible como el pergamino extendido sobre una calavera, se agitaba convulsivamente.

En los párrafos más expresivos se cubria el rostro con las manos para que no vieran el relámpago de odio que dejaban escapar sus pupilas. Sin embargo, escuchó hasta la última línea.

—Está perfectamente, dijo. ¿Pero qué quereis que yo haga? Nada puedo hacer, ni yo, ni nadie. Decís que no tienen abogado; no lo necesitan, puesto que todos son abogados.

El decreto de la Convencion fué presentado en el tribunal revolucionario á las ocho de la noche.

Gracias al decreto, el jurado se encontró de repente bastante instruido, y declaró que era inútil continuar los debates. Los jueces no hacian más que entrar y salir en el salon de deliberaciones.

El presidente anunció que sobre su conciencia habian condenado á muerte á los veintidos girondinos.

Sentí temblar el brazo de Camilo.

—¡Oh, desgraciado, exclamó en voz baja, mi libro les mata!

Comprendí que Camilo habia escrito un libro contra los desgraciados girondinos.

Aquella sentencia era tan inesperada, que nadie queria creer en ella.

Los sentenciados lanzaron un grito de maldición contra sus jueces. Los gendarmes estaban estupefactos y como paralizados; cada uno de los acusados hubiera podido sacar el sable de un gendarme y asesinar á los jueces, sin que nadie se opusiera.

En aquel momento Valazé cayó rodando al suelo, como si se hubiera desmayado.

—¿Desfalleces? preguntó Brissot.

—No; muero.

Acababa de clavarse un compás en el corazón.

Eran las once de la noche.

Se pasó un momento consagrado á la emoción del público, á las maldiciones de los sentenciados, á los cuidados inútiles que se prodigaron á Valazé, quien habia quedado muerto en el acto.

Después los sentenciados se abrazaron y gritaron:

—Morimos inocentes; ¡viva la república!

Los muertos y los vivos bajaron del tribunal y tomaron la escalera que conducía á la Conserjería. Habían ofrecido á los otros presos que les informarían de su suerte. Encontraron un medio muy sencillo.

Cantaron la primera estrofa de la *Marsellesa*, cambiando una palabra en el último verso.

Allons enfants de la patrie
Le jour de gloire est arrivé
Contre nous de la tyrannie
Le *conteau* sanglant est levé.

Los presos escuchaban con ansiedad.

La palabra *cuchillo*, que sustituía á la de *estandarte*, les hizo comprender todo.

Entonces en los calabozos estallaron gritos, lágrimas, sollozos.

Los girondinos no lloraban.

Les esperaba una buena comida enviada por un amigo.

Valazé asistió á ella muerto; el tribunal ordenó que el cuerpo del suicida fuera conducido á la cárcel, para llevarlo después en la carreta hasta el patíbulo con sus compañeros y enterrarlo con ellos.

¡Terrible tribunal! Ni con la muerte podían escaparse de sus garras, pues que hacia guillotinar á un cadáver.

Se ha dicho que fué Bailleul el diputado que, aunque proscrito como ellos y escondido en París, les envió esa última comida, lo que les permitió hacer *una comida libre*, como la llamaban los cristianos sentenciados al circo.

Vergniaud fué nombrado presidente de la mesa.

Su rostro estaba sereno y risueño.

—No os admireis, dijo, temiendo humillar á sus amigos por su serenidad. No dejo en el mundo ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos. Estaba solo en la vida, ahora os tendré por hermanos en la muerte.

Como nadie asistió á esta comida postrera, como no sobrevivió ninguno de los que á ella asistieron, no se puede decir sobre qué objetos versó la conversacion.

Un carcelero pudo, sin embargo, recoger estas palabras pronunciadas por Ducos.

—¿Qué haremos mañana á estas horas?

—La jornada habrá acabado para nosotros y estaremos durmiendo, contestó Vergniaud.

Cuando empezaron los primeros albos y penetraron en el calabozo de los girondinos por la estrecha ventanilla, hicieron palidecer las bugías encendidas.

Vamos á acostarnos, dijo Ducos; la vida es tan poca cosa, que no vale la hora de sueño que perderíamos para sentirla.

—Veamos, dijo Lassource; es tan temible la eternidad, que mil vidas no son suficientes para prepararnos á ella.

A las diez les despertaron el ruido de los cerrojos. Los que estaban despiertos vieron entrar á los ejecutores que iban á preparar las cabezas para la cuchilla.

Entonces los unos después de los otros, risueños y sumisos, inclinaron la cabeza bajo las tijeras y tendieron los brazos para que los ataran.

Se habia permitido la entrada en el calabozo á otro preso, al abate Lambert, para que en aquel momento supremo prepara-

se para la muerte á los que desearan sus auxilios espirituales.

Gensonné recogió un rizo de sus cabellos, y entregándosele al abate, le dijo:

—Decid á mi esposa que es lo único que puedo enviarla mio, pero que muero consagrándola todos mis pensamientos.

Vergniaud sacó el reloj, lo abrió, y dentro de la caja de oro grabó una cifra y una fecha con la punta de un alfiler. Hecho esto, encargó al abate Lambert que se lo entregara á la mujer que amaba. Tal vez á la actriz Julia Candeille.

Cuando concluyeron de prepararlos hicieron bajar á los sentenciados al patio de la cárcel.

Les aguardaban cinco carretas, rodeadas por una multitud inmensa.

El día se presentaba oscuro y lluvioso: uno de esos días sombríos que encierran toda la tristeza del invierno.

Se habia prohibido ofrecer ningun licor que pudiera confortar á los sentenciados, creyendo que de ese modo no conservarían su serenidad y grandeza de alma.

Estaban cuatro en cada carreta: en la última, cinco con Valazé.

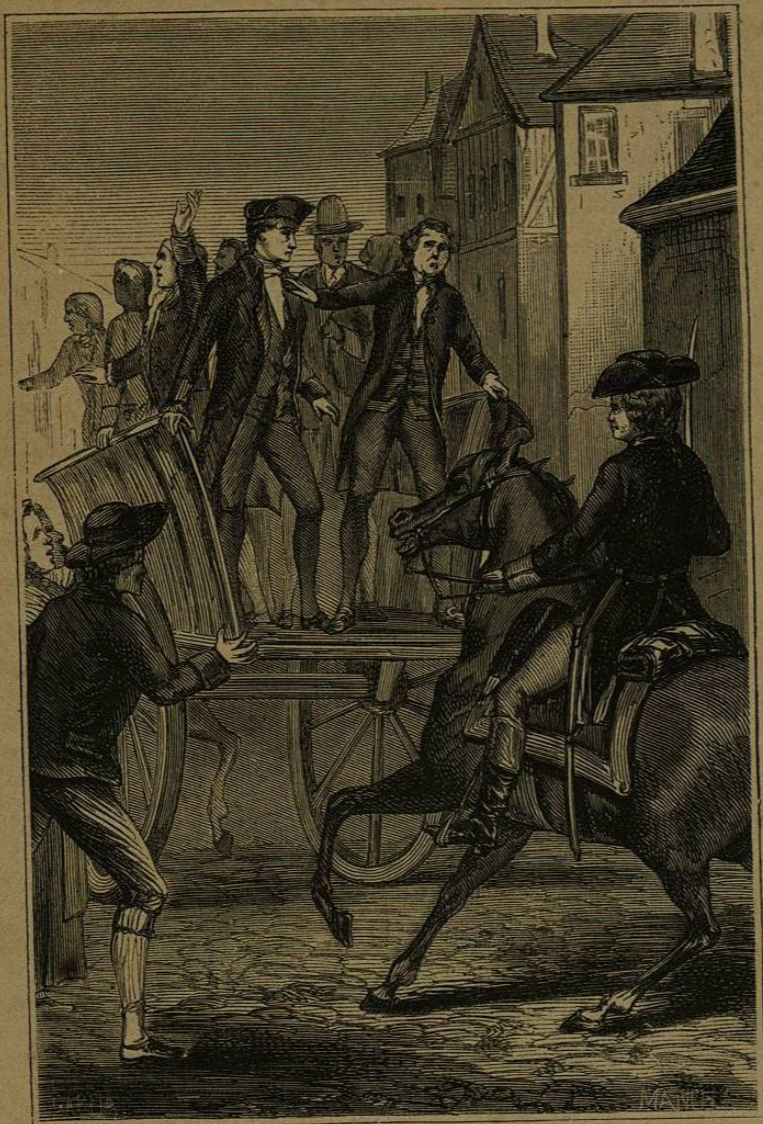
Su cabeza, sacudida por el movimiento de la carreta, se golpeaba sobre las rodillas de Vergniaud, el que, como el más culpable, estaba destinado á morir el último, es decir, por haber sido el más elocuente, el más noble, el más valiente.

En el momento en que la carreta salía por el arco sombrío de la Conserjería, todos entonaron á una voz y como una marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*:

Allons enfants de la patrie.

Este canto, escogido por ellos para marchar á la muerte, ¿no encerraba el doble significado del patriotismo y de la abnegacion? ¿No indicaba que al escuchar la voz de la patria, hasta para ir á la muerte debía irse cantando?

Al pié de la guillotina depositó la primera carreta sus cuatro víctimas. Se abrazaron como símbolo de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte.



LOS GIRONDINOS.

Despues subieron uno á uno, siempre cantando la *Marsellesa*. La cuchilla de hierro apagaba su voz.

Todos murieron como héroes; solo que el coro de voces disminuía cada vez que se escuchaba un golpe. Las filas eran ménos compactas, pero la *Marsellesa* continuaba resonando.

Solo se oía una voz ya que entonaba el canto patriótico.

Era la de Vergniaud, quien hemos dicho debia morir el último. Sus últimas y supremas palabras fueron:

¡Amor sagrado de la patria!

¡Despues, nada! Todo habia concluido. Reinó el más profundo silencio, tanto en la plataforma de la guillotina, como entre la multitud. El pueblo se retiraba consternado. Comprendia que acababa de desaparecer algo esencial, indispensable para la revolucion.

¿Por qué no me encontré con ellos en la misma carreta?